

Grisés, sombras y reflejos de la Leyenda Negra en las letras españolas (Siglos XVIII-XX)

FERNANDO DURÁN LÓPEZ Y EVA MARÍA FLORES RUIZ (COORDS.)

Cádiz, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2024, 211 pp.

Desde la introducción de Fernando Durán López, coordinador del volumen junto con Eva María Flores Ruiz, la monografía manifiesta una conciencia total del universo (político, ideológico, literario, artístico, etc.) en torno a la denominada leyenda negra y se propone reexaminar y contextualizar diez muestras de la problemática (siete hispánicas y tres extranjeras) aparecidas entre los siglos XVIII y XX. Como reconoce su coordinador, el volumen se publica a sabiendas de su potencial polémico, lo cual no obsta para que los trabajos compilados se enuncien desde el máximo rigor crítico y académico, disociable de la controversia inherente al objeto de estudio, que, sin embargo, nutre necesariamente el debate sobre la existencia (literaria al menos) del gran relato negrolegendario. A la discusión empieza sumándose el propio Durán López, quien, a la vista de una de las apologías concurrentes al certamen convocado en 1784 por la Real

Academia Española para responder a los denuestos hispanófilos de Masson de Movilliers, distingue cuatro características del apologismo español enfrentado a la leyenda negra: 1) la dependencia defensiva de la ofensa; 2) el efecto divulgador del argumentario antagonista; 3) la contradicción interna entre sostener la supremacía atemporal de la cultura española y expresar la necesidad contemporánea de ponerse a la altura de las otras naciones; y finalmente, 4) el fundamentalismo patriótico, escoba que acumula glorias nacionales con el mismo afán polémico que engendró y perpetúa la leyenda.

Desarrolla el contexto dieciochista el primer capítulo, «“Se ríen a nuestra costa los extranjeros”: el miedo al ridículo en el argumentario patriótico de críticos y apologistas en el XVIII español», donde Calvo Maturana pasa revista a la polémica, extendida al XIX, mantenida entre esos dos grupos. Con base en el uso como «argumento de

autoridad» de la risa y la ridiculización que Europa y, especialmente, Francia vierten sobre la sociedad y la literatura españolas, el análisis revela la obsesiva subordinación de los autores españoles a la opinión forastera esbozada en la introducción.

Si en el capítulo anterior primaba la dimensión pragmática de la controversia leyendanegrista, en el capítulo II, «Vaivenes de la memoria: la conquista de la América del Sur en la poesía épica de acá y de allá», Gil Amate se ocupa de la expresión literaria de la conquista española de Indias en cuatro epopeyas, que abarcan desde el siglo XVI al XIX y cuya memoria de los sucesos (antes poética y verosímil que histórica y verídica) oscila entre un relato, genuinamente indiano, favorable a las acciones de los conquistadores —el *Arauco domado* (1596) del criollo Pedro de Oña y la *Lima fundada* (1732) de Pedro de Peralta Barnuevo— y otro que las condena apoyándose en las crónicas del padre Bartolomé de las Casas y en su poetización en *La Araucana* (1569-1589) de Alonso de Ercilla, relato que acaba imponiéndose en el XIX en la forma de la epopeya de la Independencia americana del peruano José Joaquín de Olmedo *La victoria de Junín. Can-*

to a Bolívar (1826). Como bien reflexiona la autora, a partir de este punto, los indígenas son reducidos a víctimas, los conquistadores a villanos y, parafraseando a Verlaine, «todo el resto es literatura».

Los siguientes cuatro trabajos rebasan el ámbito hispánico para cartografiar la imagen del imperio español en diferentes contextos europeos. En el capítulo tercero, «“These cruel strangers”: la España negra y el debate revolucionario en la literatura inglesa de finales del siglo XVIII», Saglia se centra en la década revolucionaria de 1790 para analizar el modo en que varias obras literarias y filosóficas anglosajonas, como la nuclear tragedia *Pizarro* (1799) de Richard Brinsley Sheridan, recurren a tópicos de la leyenda negra para exponer problemas extrapolables a otras latitudes y tiempos que comprenden el presente de escritura, en que la oposición negrolegendaria coadyuva a definir negativamente la propia identidad nacional.

Los argumentos de la leyenda negra pueden resignificarse hasta trascender, no ya el ámbito hispánico de referencia, sino el mismo sentido peyorativo que los caracteriza *ab origine*. Sobre esto reflexiona Riesco Chueca en el capítulo IV, «Distancia cultural y

construcción poética: representaciones de lo español en los románicos alemanes», en el que repasa los principales autores (Goethe, Schiller, August Wilhelm y Friedrich von Schlegel, entre otros) y planteamientos del Romanticismo alemán que traducen el imaginario español, exóticamente idéntico, a las coordenadas ideológicas autóctonas. Se neutralizan así las objeciones leyendanegristas y se firma un pacto simbólico entre España y Alemania esgrimido contra los enemigos comunes del expansionismo napoleónico, la Ilustración y la industrialización encabezada por Inglaterra.

De manera similar, otro de los principales relatos hispanófobos, el mito de don Carlos que justifica la pura maldad de Felipe II, juega un papel multívoco en la definición literaria de una nación pionera de la leyenda negra, los Países Bajos. En el capítulo V, «Don Carlos entre los rebeldes: creación y renegociación de la leyenda negra en los Países Bajos (siglo XIX)», Rodríguez Pérez presta especial atención a la versión neerlandesa del relato representada por el drama de Samuel Iperuszoon Wiselius *La muerte de Carlos, heredero de España* (1819), que dilata la sombra de Felipe II al tiempo que aprovecha la tradición hispá-

nica neerlandizando a don Carlos, «segundo Cid» al que el marqués de Bergen aventaja en protagonismo como portavoz atemporal de la causa neerlandesa.

Dentro del ámbito transnacional hispánico, los bastiones americanos de la leyenda negra contribuyen a la construcción identitaria de las nuevas repúblicas por medio de los volúmenes del periódico *El Repertorio americano* (1826-1827), cabecera impulsada por el humanista Andrés Bello a la que García Castañeda consagra las páginas del capítulo VI, «Los liberales españoles en el exilio de Londres y la leyenda negra». En ellas expone cómo ciertos liberales y doceañistas, así como los criollos hijos de aquellos, contrarios inicialmente a las instituciones absolutistas y clericales fernandinas pero apologistas de la historia de la nación española, terminan apoyando un discurso leyendanegrista de alcance hispanoamericano para apegarse a los movimientos de independencia.

El recorrido internacional por el metabolismo de los relatos negroglegendarios desemboca en el capítulo VII, «Mitos y tópicos de la leyenda negra en la novela romántica española: *El Auto de Fe* (1837), de Eugenio de Ochoa», situado en el escenario particular de dicho gé-

nero en el auge vivido por el Romanticismo español en la década de 1830. Su autor, Rubio Cremades, exponente de los estudios del Romanticismo hispánico, desgrana el contexto de la versión de Ochoa de la misma mitología en torno a don Carlos comentada en un capítulo anterior, detallando las circunstancias ideológicas y literarias de la escritura de *El Auto de Fe. 1568* y revelando los mecanismos que novelizan la historia. A través de una concienzuda lectura *à clef*, Rubio Cremades demuestra cómo la obra de Ochoa responde, al igual que las otras literaturas nacionales cotejadas, a las coordenadas sociopolíticas de su tiempo, heridas de una supresión de las libertades análoga a la del reinado de Felipe II imaginado en la novela.

En este mar de ideas, puntos de vista y prejuicios que gravitan en torno a ese fantasma antiespañol que recorre Occidente, no podía faltar la voz de uno de los mayores pensadores literarios de la historia de España: don Benito Pérez Galdós. En el capítulo VIII, «Galdós ante el Santo Oficio», Flores Ruiz esclarece los modos en que el canario problematiza la imagen puramente aterradora de la antonomástica Inquisición española que habían perpetuado las literaturas

europeas. Lo hace la estudiosa basándose en dos producciones del escritor: de un lado, la prematura novela folletinesca *El audaz. Historia de un radical de antaño* (1871), reveladora del temprano interés del novelista por singularizar al individuo tras los tópicos; y del otro, la madura serie de Torquemada (1889-1895), que consagra la clarividencia de Galdós al transmutar el manido icono del abominable inquisidor, celoso del culto a virtudes metafísicas, en un inquisitorial usurero contemporáneo, consagrado a la cosecha de bienes terrenales.

Pone el broche de oro a las disquisiciones en torno al mito de don Carlos como medio de evocar por alegoría el contexto sociopolítico de escritura el capítulo IX, «Deconstrucción y parodia. La imagen cómica de la leyenda negra en el teatro español del siglo XX: la *Tragicomedia del serenísimo príncipe don Carlos*, de Carlos Muñiz, frente a la hagiografía franquista». En él, Romero Ferrer analiza su refundición teatral en dos momentos y obras clave de la posguerra: el drama histórico *Felipe II. Las soledades del rey* (1958), de José María Pemán, y ya en el acabamiento de la dictadura franquista, la antedicha *Tragicomedia del serenísimo príncipe don Carlos*, de Carlos Muñiz,

escrita en 1972 pero no estrenada hasta la democracia en los años 80. A partir del común denominador de la encarnación del Caudillo en la figura de Felipe II, Romero Ferrer confronta la dulce ficción de Pemán, ocultadora de la represión franquista, con el esperpéntico carnaval de Muñiz, heredero de la mejor tradición cómica de los Siglos de Oro, cuyas formas mezcla con los tintes grotescos de las *Pinturas Negras* de Goya.

A esta otra negrura, retratada por una progenie secular de autores que la crítica posterior ha congregado en el concepto bímembre de «España negra», dedica González Troyano el décimo y último capítulo, «Negra y sin leyenda: la España goyesca», un epílogo que trasciende el examen particular ofrecido en los capítulos previos para ser un llamado a la consideración de las imágenes que ciertos artistas de pluma y pincel de España, libres de la contaminación política e ideológicamente interesada que alimenta la leyenda negra, han proyectado en calidad de internos observadores de la realidad del país, desde Fernando de Rojas y Diego Velázquez a Ignacio Zuloaga y Gutiérrez Solana.

En resolución, dialéctica pero no litigante es la serie de estudios

que articula el libro, de los cuales el primero sostiene ya una tesis que, sin perjuicio de la coherencia del conjunto, el resto de capítulos contradice; es, a saber, que la leyenda negra no existe sino psicológica y literariamente en lo que los españoles creen que los extranjeros piensan sobre ellos. He aquí una de las principales virtudes de la monografía: su ensayo de un debate alternativo, a salvo en sus coordenadas académicas de la altisonante y crispada polarización que oscurece la ya de por sí confusa idea de leyenda negra, la misma «polarización» que fue escogida palabra del año anterior al de la publicación del volumen.

Ignacio Alba Degayón
Universidad de Córdoba